

# Rescate de una polémica

José María Muriá

*A sus 85 años Miguel León-Portilla sigue siendo uno de nuestros historiadores más prominentes. Su Visión de los vencidos es un clásico imprescindible para la comprensión del mundo prehispánico. José María Muriá, miembro de El Colegio de Jalisco, recuerda en este texto las polémicas que se suscitaron durante los preparativos de la conmemoración del Quinto Centenario del Encuentro de dos Mundos.*

Esta pequeña historia comienza hace tres décadas. Es éste un lapso que podríamos considerar suficiente para ver las cosas fríamente y hasta explicarlas con ecuanimidad. Tal vez sea así...

Pero al hablar de este tema, aquí, hoy, surge un problema adicional: por tratarse de una comunidad en la que abundan los historiadores y algunos presentes que no se cuecen ya al primer hervor. Podemos suponer por ello que más de uno haya sido testigo de aquellos acontecimientos e, incluso, que se haya identificado en su momento, aunque fuera sólo emocionalmente, con alguna de las diferentes tendencias que se dejaron sentir. Mas hay algo aun peor: al menos dos de los presentes se pueden contar como actores de importancia en aquel escenario.

No creo exagerar, aunque constituya una falta de modestia, cuando digo “actores de *importancia*”. Creo sinceramente a la distancia que lo sucedido después permite calificarlo así.

Uno de ellos, como es de suponerse, resulta el cumpleañero de hoy. El otro no será el mejor de sus discípulos pero seguramente es el más provinciano y el que esta noche pasada durmió más lejos. Éste procuró sumarse a los preceptos establecidos por su maestro, no sólo por respeto, afecto y admiración a éste, sino también porque estaba —y está— cabalmente persuadido de la conveniencia y la justicia de lo que se esgrimió.

Si no puedo presumir de haber sido alumno de Miguel León-Portilla por mucho tiempo, en cambio —espero que no me contradiga— nuestra añeja relación y complicidad en no pocas correrías me permite proclamar con orgullo que es uno de mis más importantes maestros. Por ello vine hasta aquí, agradecido por la invitación y feliz por el hecho de conservarlo en tan buenas condiciones y, claro, gozar de su enriquecedora compañía, aunque no lo pueda hacer con la frecuencia que me gustaría.

En consecuencia, la tan cacareada objetividad que a veces nos reclama lo que sobrevive del positivismo en nuestro país queda en entredicho por mi emotiva relación con León-Portilla y mi condición de actor en aquel escenario de que hablaré, aunque de paso puede comentarse que uno de los más destacados exponentes o sobrevivientes de dicha corriente, en lo que se refiere a la historiografía, también hizo gala de una desbordada subjetividad cuando terció, hace casi treinta años, en la discusión a que dio lugar la postura de don Miguel, que resultó ser la oficial mexicana, respecto del Quinto Centenario de 1492, que ya se acercaba.

Quisiera recordar que una narración, aunque rápida, de los principales acontecimientos y del papel de León-Portilla al frente de la Comisión Mexicana y después, al frente de la representación mexicana en la UNESCO, tuve el honor de hacerla en el libro en su homenaje, que la UNAM, El Colegio Nacional y el INAH editaron en 1997, sobre *Su aliento y su palabra: In iihyo in tlahtol*. Asimismo, un análisis de las intenciones de los principales convocantes de la comunidad internacional y las condicionantes de varios países fue desarrollado por el suscrito en 1993 en el cuaderno *México y el Quinto Centenario* (El Colegio de Jalisco, Zapopan, Jalisco, 1993). En consecuencia, ahora quiero hablar, con el permiso de ustedes, preferentemente del significado de aquellas gestiones y acciones que se llevaron a cabo, primero bajo la direc-

ción directa de Miguel y después, cuando se retiró de la Comisión Mexicana, siguiendo sus preceptos, no obstante que no faltó quien pretendiera aprovechar su ausencia para modificarlos.

Fue en 1981 cuando se empezó a cocinar en la cancillería española el lanzamiento de una gran convocatoria a todos los países “hispanoamericanos” para conjuntarlos en una gran “celebración del quinto centenario del descubrimiento de América”.

Vale señalar que, no obstante la democratización de que ya entonces daba muestras el gobierno de España, la presencia del franquismo era evidente, lo cual se dejaría sentir en el talante de los muchos componentes y en el espíritu inicial de la Comisión Española creada para tal efecto.

Pero en 1982 una cara diferente de la sociedad española se dejó sentir en forma abrumadora en las elecciones, imponiendo un gobierno socialista moderado con fuerte mayoría absoluta en su parlamento, pero quienes empezaron a operar el tema que nos ocupa y organizaron y marcaron la pauta de la primera reunión, precisamente el 12 de octubre de 1982, a excepción de los de mero arriba que apenas debutaban, fueron prácticamente los mismos.

México fue invitado a esa actividad, naturalmente, pero dado el cambio de gobierno que sobrevendría apenas mes y medio después, además de la conflictiva situación que se vivía, el presidente López Portillo prefirió dejar el tema incólume en manos de su ya elegido sucesor.

En su momento, éste decidió, como casi todos los gobiernos, dejar el tema en el ámbito de la Secretaría de Relaciones Exteriores, pero le marcó a ésta una pauta específica indicándole al secretario que se pusiera a Miguel León-Portilla al frente de la comisión que habría de crearse.

Dado que el canciller Bernardo Sepúlveda le concedió mucha importancia al asunto, los pasos se dieron cuidadosamente y con la calma que ameritaba, pero ello dio lugar a que surgiera uno de los mayores conflictos internos que hubo de enfrentar la comisión: la enemistad de Edmundo O’Gorman.

Resulta que, sabedor de lo que se cocinaba, el impetuoso subsecretario de Cultura, Juan José Bremer, convocó a un selecto grupo de personas que consideró conducentes para formar la dicha comisión y se eligió presidente de ella precisamente al señor doctor O’Gorman... La noticia, publicada al día siguiente, con poca relevancia por cierto, motivó que el presidente llamara de inmediato al canciller y al jefe inmediato de Bremer, el secretario de Educación Pública Jesús Reyes Heróles, incorporándolo a la comisión.

De esta manera, se contó, al hacer los planteamientos iniciales, con la riqueza y la experiencia de don Je-



Miguel León-Portilla

sús, pero a la hora de empezar a operar, la conjunción de dos aparatos burocráticos se convirtió en un verdadero calvario, máxime que durante el sexenio hubo dos secretarios de Educación, tres subsecretarios de Cultura y el mismo número de representantes sucesivos de la SEP en la comisión.

El caso es que cuando Miguel de la Madrid hizo pública la designación de León-Portilla, de lo que se enteró O’Gorman también por el periódico, sin que nadie tuviera a bien darle una explicación, supuso que nuestro Miguel se le había atravesado en el camino, cuando la realidad era que éste no movió ni un dedo y la designación se debió esencialmente a lo que él representa, además de que la decisión se había tomado en Los Pinos con mucha antelación.

Pero la inquina de O’Gorman no la contuvo nadie y sus diatribas fueron estruendosas, no obstante que —curiosamente— los planteamientos oficiales de la comisión concordaban con su manera de ver la ciencia de la historia, aunque no con su rebuscado —por no decir otra cosa— planteamiento de que América fue “inventada” por los europeos. No quiero ni imaginar siquiera la que hubiéramos armado si la Comisión Mexicana se hubiera llamado “Del Quinto Centenario de la Invencción de América”...

Ya se ha hablado mucho de la postura oficial mexicana, que emergió de la reunión de Reyes Heróles y Sepúlveda, bajo la batuta de Miguel, quien tuvo a bien incorporar a dos personas de su confianza: Roberto Moreno de los Arcos, a la sazón director del Instituto de Investigaciones Históricas, y el de la voz, director general de Archivos, Bibliotecas y Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Se consideró impropio del todo invitar a la ciudadanía a una gran fiesta para *celebrar* que quinientos años atrás se había producido tamaña agresión a las culturas indígenas. Una justa rabia de muchos mexicanos se habría concentrado contra la comisión, en la que, por supuesto, no habríamos permanecido ni Miguel ni yo. Los demás no sé...

*Conmemorar*, traer a la memoria, analizar y explicar en toda su complejidad el importante proceso, que no un simple acontecimiento, iniciado en 1492, parecía mucho más congruente con el espíritu de concordia del tiempo y, sobre todo, con la concepción historiográfica contemporánea de preocuparse más por el análisis y la explicación de un proceso que por el penegrífico de acontecimientos puntuales.

Así lo precisó el propio León-Portilla en el Preliminar que escribió para la publicación del propio decreto:

Conmemorar será, por tanto, ocasión para nuevas formas de análisis de lo que ha sucedido en quinientos años de historia, con la mirada abierta a la situación mundial

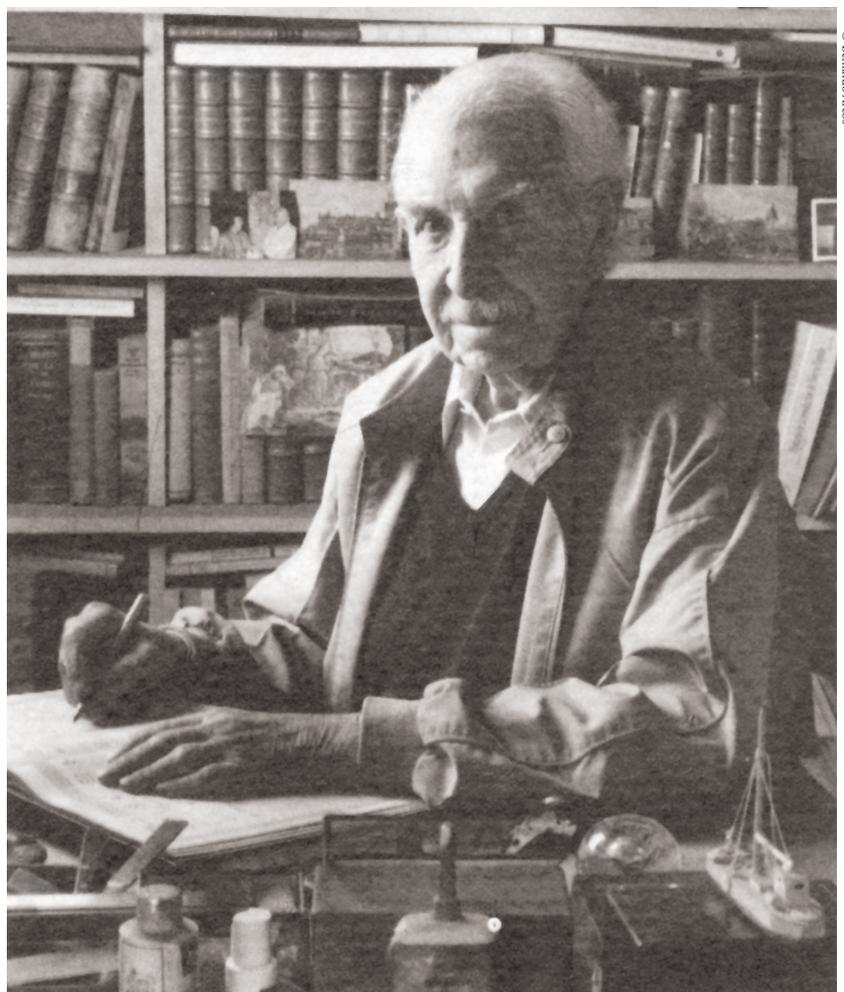
contemporánea y en especial a la de las naciones de América Latina, España y Portugal.

No olvidemos que la expresión “descubrimiento de América” fue acuñada, como lo mostré en un artículo sobre el caso, publicado en la revista *Secuencia* (diciembre de 1985), en torno a 1892, cuando España trataba de recuperar su prestancia en América y evitar que se le fueran de las manos las últimas colonias en este continente.

De acuerdo con este principio, hablar de *Encuentro de dos Mundos* resultaba respetuoso de la existencia de importantes culturas en América antes de la consagrada fecha, del respeto que nos merecen, de su pervivencia y también, según un famoso artículo de León-Portilla, el importante capítulo de la historia universal que representan.

Ahora bien, como él mismo solía decir, la palabra *encuentro* implica relaciones de muy diferentes tipos: “desde una relación amorosa hasta un choque a diez rounds”. Todo ello quedaba considerado en el planteamiento oficial mexicano.

Vale la pena recordar que en el decreto correspondiente, que muchos de sus detractores no parecen haber leído bien, no obstante su amplia distribución y los generalizados comentarios que se hicieron de él, se deja muy claro que los dos mundos de que se habla no son solamente España y América, sino las dos grandes par-



Edmundo O’Gorman

© Benardo Arcos

De lo que provoca el Quinto Centenario  
**Y, ¿qué hacer con Edmundo O'Gorman?**

Miguel León-Portilla



sito ha sido, en suma, oponerse a la perspectiva propuesta por mí y por Roberto Moreno de los Arcos, José María Murúa y otros. La habíamos discutido con el entonces secretario de Educación, don Jesús Reyes Heróles. Con él conferimos y él la acogió como punto de vista abierto, en el que se tomaba en cuenta a los europeos y asimismo a los indígenas de este continente.

Había habido "encuentro", coincidencia de gentes en uno y muchos lugares, oposición, enfrentamiento de tropas... Si bien el dicho encuentro se desarrolló, como un proceso a lo largo de los años, se reconoce como fecha símbolo de referencia el 12 de octubre. A partir del descubrimiento de Colón se desató la colonización y cuanto cabe abarcar con tal vocablo.

Algo semejante se hace cuando se dice que está próximo el segundo centenario de la Revolución Francesa, el 14 de julio de 1889. Todos sabemos, sin embargo, que en la fecha correspondiente del año 1789 lo que ocurrió fue la toma de la Bastilla, que se conmemora como inicio de importantes acontecimientos, los que integran y dan sentido a la Revolución Francesa. Otras muchas conmemoraciones pueden adscribirse, como la del 16 de septiembre, que se dice es el día de la Independencia de México. Es obvio que lo que ocurrió el 16 de septiembre de 1810 no fue precisamente que en ese día México se independizara. Fue el inicio de un proceso. Ese inicio se entiende y conmemora precisamente por sus consecuencias.

El polémico doctor O'Gorman argumentó que no podía hablarse ni de descubrimiento ni de encuentro y tampoco "entre dos mundos", según se enuncia en la perspectiva adoptada de conmemoración, como "encuentro" entre el Viejo Mundo (Europa, Asia y África) y el Nuevo (que recibiría el nombre de América). Cuando sus palabras "la posibilidad misma de poder concebir la

**D**ECIDIDO a no dejar que se le escape ocasión alguna de actuar como protagonista, el doctor don Edmundo O'Gorman ha encontrado en el tema del Quinto Centenario coyuntura propicia para ponerse una y otra vez en escena. Gusta él de repetir que va a "aplastar" o "ha aplastado" a quienes disienten de su modo de pensar. Largo es el historial de sus polémicas. Con furor ha atacado a Lewis Hanke, estudioso distinguido de la figura y la obra de fray Bartolomé de las Casas. Quiso también medir fuerzas con el humanista Marcel Bataillon, y asimismo con Mariano Pichón Salas, Octavio Paz y Jacques Lafaye, los que poco o ningún caso le hicieron.

Excélsior, 4 de septiembre de 1988

De lo que provoca el Quinto Centenario  
**Las elucubraciones del inventor de la "Inventción de América"**

Miguel León-Portilla



**S**OMETER a juicio, y condenar con saña, a quienes no aceptamos su "Inventción de América", es la actitud beligerante y sin reposo del señor doctor Edmundo O'Gorman. La proximidad del Quinto Centenario da ahora nuevo pábulo a su inveterado afán polémico.

Como lo ofrecí en mi artículo "¿Qué hacer con Edmundo O'Gorman?", examinaré el meollo de esas elucubraciones suyas que, en su *Inventción de América*, inicia con la siguiente sentencia: "El problema fundamental de la historia americana estriba en explicar satisfactoriamente la aparición de América en el seno de la Cultura Occidental..."

Conoció O'Gorman a forjar su tesis desde algunos años antes de escribir *La idea del descubrimiento de América* (1951). Empeño de refutar a cuantos han hablado de "descubrimiento", para revelar la que tiene por revolucionaria si no es que genial idea, fue luego su *Inventción de América* (1958), que se ufana él en citar como "aumentada y corregida" en inglés (1961) y así, vuelta a publicar en castellano en 1977. Además, en un volumen intitulado *Estudios de historia de la filosofía en México*, publicado por la UNAM en 1963, se propuso "resumir las investigaciones que hemos hecho acerca

del ser de América". En dicho libro se incluyen también trabajos de José Gallegos Rocafull, Rafael Moreno, Luis Villoro, Leopoldo Zea, Fernando Salmerón y de quien esto escribe. No resisto a transcribir lo que, en la "Introducción" a su propio estudio, escribió O'Gorman: "se pensó —nos dice— que no debería faltar un trabajo inicial que mostrara lo que a aquel respecto (el pensamiento filosófico) alcanzó la civilización de los antiguos mexicanos y la encomienda de tal estudio al doctor León-Portilla no pudo ser más acertada" (p. 73).

quen con tal benevolencia se ex-

presó entonces y agradezco ahora, presenta luego la que tengo como exposición más concisa, y quizás más precisa, de sus ideas ya que la dirige a los interesados en el pensamiento filosófico. A ella atenderé de preferencia. Como punto de partida nos dice que "cuando miramos en torno en busca de la idea que ahora se tiene acerca de América, quedamos desconcertados ante la superficialidad de las nociones que se ofrecen" (p. 76). Lo que interesa elucidar es el "formidable hecho de la aparición de América en el escenario de la historia" (p. 77). Tal aseveración debe entenderse, desde luego que en el escenario de la historia europea, entendida al modo hegeliano como la única genuina historia.

"Esa aparición —continúa él— ha sido explicada y lo es aún como resultado de un descubrimiento" (p. 77). Pero, según O'Gorman, implica que América se está concibiendo como si fuera "esta cosa en sí". Y, no obstante, "expresamente se niega que éste (Colón) hubiese tenido intención y conciencia de revelar el ser de la cosa que, sin embargo, se dice fue revelado por él" (p. 78).

Como puede verse, asevera O'Gorman que nadie puede descubrir algo si no tiene conciencia o intencionalidad de revelar el ser de

esa "cosa en sí". Puesto que Colón pensó haber llegado a los extremos del Asia o de "las Indias", no pudo tener intencionalidad ni conciencia de revelar lo que era el ser de la cosa en sí, es decir de aquello que más tarde entró en la historia occidental como América, la cuarta parte de la tierra.

Se fija luego O'Gorman en la "historia de la idea del descubrimiento de América", y analiza el "proceso histórico" de la misma. Sus conclusiones son que "explicar la aparición de América (en la conciencia europea) como el resultado de un descubrimiento es insatisfactorio..." (p. 87), ya que es mera "consecuencia necesaria del supuesto... o idea esencialista que se tiene de América como un ente dotado desde y para siempre, para todos y en todo lugar, de un ser predefinido e inalterable". Su conclusión es que, "al haber probado que esa manera de concebir el ser americano no da razón adecuada de su realidad, debe desecharse" (p. 87).

Es aquí donde pasa ya a exponer su tesis de la "inventción de América" como única explicación posible acerca de cómo se produjo "la aparición de América en el seno de la cultura occidental". (Inventción

— Sigue en la página cuatro

Excélsior, 11 de septiembre de 1988

tes del mundo que en aquel lejano entonces prácticamente se desconocían por completo entre sí y que, precisamente a partir de 1492, empezaron a encontrarse en un complicado proceso que tuvo de todo, es cierto, hasta ribetes genocidas si se quiere, pero que también enriqueció a una y otra parte. Tal vez a muchos de nosotros nos hubiera gustado que el encuentro fuese de otra tesitura, pero las cosas son como son. Para bien o para mal, ha dado lugar al mundo que tenemos ahora y lo que corresponde es entenderlo y asimilarlo.

Gracias a nuestro planteamiento, se procuró hablar de todos los que participaron en este encuentro, representados, según León-Portilla lo dijo varias veces, en una mesa mexicana cotidiana, con el maíz y los frijoles, el arroz, el trigo y el cerdo —entre tantas otras cosas— y el café.

Quiero recordar que, cuando León-Portilla marchó a París en 1987, para convertirse en nuestro representante permanente ante la UNESCO, esgrimiendo estos planteamientos suyos y mexicanos logró que los países de África y Asia aprobaran prácticamente por unanimidad la idea de que la propia UNESCO se sumara a la conmemoración, en vez del rechazo mayoritario que se había producido anteriormente en dicho organismo, cuando la representación española hizo su planteamiento original.

El debut en sociedad de nuestra postura, ocurrido en la República Dominicana, difícilmente pudo haber sido peor. Por un lado, Miguel, el subsecretario Ricardo Valero y yo; por el otro, representantes de los gobiernos dictatoriales que entonces predominaban en América Latina, como los del Cono Sur, cuyos representantes no eran precisamente de ideas avanzadas y nos detestaban por haber dado asilo a tantos disidentes de sus barbarida-

des. Otros porque no habían abandonado del todo la mentalidad colonial. Recordamos con horror al comisionado de Perú, por ejemplo, quien presumía que por más de diez generaciones no había en su familia ningún indio ni negro. Por otro, el ánimo español seguía siendo de viejo cuño, a pesar de que el presidente de su comisión se reputaba del nuevo régimen.

Ello no era de sorprender, pero sí me dolió en cambio, como le hubiera ocurrido a cualquiera de mi generación, que el representante del entonces todavía admirado gobierno revolucionario de Cuba se aviniera con ellos y, más aun, nos amenazara con que nos quedaríamos solos si permanecíamos obcecados en nuestra posición.

Comprenderán que, a pesar de no ser diplomático de oficio, le contesté con una alusión a la famosa reunión de la OEA en Punta del Este en la que fuimos, los mexicanos, *los únicos* que no rompimos relaciones diplomáticas con ellos, en tanto que —como se dice: "escúchalo tú mi hija, pero entiéndelo tú mi yerno"— le recordé que de todos los presentes habíamos sido los únicos que no habíamos reconocido al gobierno español del general Franco.

Lo cierto, cabe decirlo, es que solamente Panamá manifestó en aquella ocasión solidaridad con la línea de la Comisión Mexicana.

En cuanto a Cuba, me encargué de grillar después con nuestro embajador en La Habana y, un año después, en Buenos Aires, me encontré con que habían cambiado discretamente el nombre de su comisión: de ser del Descubrimiento, pasó a llamarse del Descubrimiento Mutuo...

Por lo que se refiere a España y otros países que nos regañaron por nuestra postura, las cosas cayeron al poco tiempo por su propio peso, aunque debe reconocerse que ayudó sobremanera el prestigio internacional de

Miguel León-Portilla cuando se empezó a saber que era precisamente él quien encabezaba nuestra comisión; además, vale recordar el buen crédito y gran respeto que entonces tenía nuestro país en el ámbito internacional.

España, con la llegada de nueva gente a la cúpula del ministerio, realizó cambios de personal y, sobre todo, dispuso una nueva actitud en quienes dirigían la comisión. El propio presidente de ella escribió en 1986 que:

Quando la Comisión Nacional de México propuso el concepto de "Encuentro de dos Mundos" no sólo definía un cierto ciclo histórico que nació hace quinientos años, sino también el sentido más profundo y más auténtico de la conmemoración.

Pero no pasó tanto tiempo para que se dieran los primeros síntomas del cambio español en esta materia. Cuando el ministro Sepúlveda visitó oficialmente España a principios de 1985, ya fue recibido por su nuevo homólogo con la solidaridad por la postura mexicana. Que, según dijo entonces, "podría dar lugar a ulteriores acciones de mayor importancia..." Con el tiempo sabríamos qué quería decir.

Otras comisiones nacionales mutaron para mucho bien gracias a que sus pútridos gobiernos se fueron por

el caño y los nuevos entendieron, valoraron y aceptaron la propuesta mexicana.

A final de cuentas, aparte de publicaciones y restauraciones y un incremento de la comunicación entre nuestros países, el tan cacareado Quinto Centenario, lo mejor que dejó fue precisamente esta nueva visión, que se ha ido generalizando poco a poco, más acorde con las circunstancias y los anhelos mayoritarios de los tiempos que corren.

Como era de suponerse, enemigos en casa no faltaron... Los cañonazos vinieron de tres ángulos diferentes. "Emisarios del pasado", como se solía decir, esto es, el españolismo galopante que emana de la pureza criolla y el síndrome del *hidalgo* —del hijo de algo— que sigue campeando entre nosotros, se angustiaron por la posibilidad de que se ofendieran los españoles y aquellos que parecen lamentar todos los días no haber nacido en la península, sentían que se pasaba una buena oportunidad de reforzar su *españolidad* —que no la respetable hispanidad. Recuérdese que aun en la España contemporánea, el término *españolista* resulta sumamente peyorativo en la boca de quienes pueden ser nuestros verdaderos amigos, pues les huele a franquismo, fascismo y demás. Fácil se les hizo a estos atacantes de tacharnos de "enemigos de España".

Cabe reconocer que entre quienes hacían gala de la vocación de "cristianos viejos" no dejaba de haber inte-

Quinto Centenario del 12 de Octubre de 1492

## Una grotesca caricatura de mi tesis

Edmundo O'Gorman

**A**LUDO CON ESE título a la absoluta incomprensión de mi tesis la "Inventio de América" por parte de León Portilla. En este artículo me propongo demostrar ese cargo que, obviamente, implica penuria en las entenderas de don Miguel. Procederé, pues, a la engorrosa tarea de descifrar —no hay otra palabra— su presentación de mi pensamiento.

Es el segundo artículo publicado en este suplemento cultural de EXCELSIOR donde León Portilla anuncia su propósito de examinar, dice, el "meollo de mi tesis". En desahogo de esa amenaza, empieza y no está mal, por enunciar los principales textos en los que expongo mi manera de concebir la aparición de América.

En cambio, lo censurable es haber elegido para hacerme polvo el resumen que de ella publiqué en el volumen Estudios de historia de la filosofía en México, UNAM, 1963, pero no porque me retracte de esa síntesis, sino porque León Portilla sabe de la edición corregida y aumentada de la obra completa, Fondo de Cultura Económica, 1977, texto al que obviamente estaba obligado a recurrir. Claro está que eso tiene su precio, entre otros el ridículo que hace cuando aduce objeciones previstas y contestadas en esa edición de mi obra, por ejemplo, el triunfalismo con el que me aduce el hecho, supuestamente ignorado por mí, de que Waldseemüller se arrepintió de la hipótesis que ilustró en su mapa-mundi de 1507, circunstancia de la que doy cuenta en la nota siete a la cuarta parte de mi libro *La invención de América*, 1977, pp. 185-189.

Debo advertir que en esta réplica me concentraré en la manera en que León Portilla falsa mi tesis, ya que, dada la índole de un artículo periodístico y el público al que va dirigido, resultaría en extremo fastidioso ocuparme al pormenor en las muchas complejidades que la ignorancia y mala fe le fueron dictando a León Portilla en el curso de su exposición, y valga el ejemplo de una acotación acerca del grave error en que, según él, me vi al tener que admitir, "extraña novedad", que una hipótesis suscita dudas necesarias de comprobación empírica, lo que me obligó —y en eso está mi apuro— de atenerme a los "datos". Nada más irritante que refutar a quien nada entiende de lo que cree estar refutando; pero para que León Portilla no tome a huída el no ocurrirme de esos y otros detalles, lo invito a un debate público donde comentaríamos, línea a línea, sus dos artículos o los cuestionarios que ambos prepararíamos para ese efecto.

Pues bien, en su segundo artículo y en seguimiento del texto resumido que eligió para apoyarse, llegó, dice, al "momento fundamental para

O'Gorman" en el que aparecieron en 1507 el folleto intitolado *Cosmographie Introductio* y el mapamundi diseñado por Martín Waldseemüller para ilustrar, digo yo, la novedosísima hipótesis respecto a las tierras nuevamente halladas propuesta en dicho folleto. Y ciertamente, trascendental fue aquel momento pero no sólo para mí —como si fuera ocurrencia de un leonillo desaliado— sino fundamental, en efecto, para la historia del multiscular proceso de la formación de la idea geográfica de nuestro planeta y de su concepción como habitáculo cósmico del hombre. Y el hecho mismo de que a León Portilla le eluda la trascendencia de ese momento es pauta de lo desorientado que anda en sus lamentables esfuerzos por comprender mi tesis.

Toca, entonces, mostrar en qué consiste ese despiste, pero fíjense que se me concederá que ese propósito requiere, para comparación, un recordatorio —todo lo breve que sea posible— de, ese sí, el meollo de mi tesis, según lo expuse en el texto (pp. 91-95) elegido por mí adversario.

Empecé por sintetizar en cuatro puntos la hipótesis de la *Cosmographie Introductio*, a saber:

- a) que el mundo en su sentido de ecumene, es decir, de domicilio cósmico del hombre, se venía concibiendo como constituido (no meramente dividido) por tres partes, Europa, Asia y África;
- b) que recientes exploraciones habían revelado la existencia (no, por lo pronto, de un nuevo orbe o nuevo mundo) de, literal y concretamente, una cuarta parte del mundo;
- c) que por haber sido Américo Vesputio quien concibió (no, "descubrió") las hasta entonces desconocidas tierras bajo la especie de cuarta parte del mundo, justo era darle el nombre de América; y
- d) se aclara que dicha cuarta parte es isla a diferencia de las otras tres que son continentes. Pero no se

entiende ese término en su sentido corriente actual, sino el de ser masas de tierra contiguas no separadas por el mar, es decir, el antiguamente conocido como el *Orbis Terrarum* y también por el nombre de Isla de la Tierra.

Tendidas esas cuatro proposiciones de la hipótesis propuesta en la *Cosmographie Introductio*, pasé (pp. 95-96) a explicitar su sentido en el contexto histórico de sus circunstancias:

- A. La primera expone la visión del mundo o ecumene en su tradicional cerrada constitución tripartita, y digo cerrada por ser inconcebible la existencia de una cuarta parte.
- B. La segunda da cuenta de la crisis y bancarrota de aquella venerable concepción tripartita del mundo, puesto que se admite la existencia real de una hasta entonces impensable cuarta parte. Se implica así la necesidad nada menos, de una manera nueva de concebir la estructura ontológico-geográfica del mundo. Y así tenemos, a enorme diferencia de la antigua concepción, una estructura abierta, ya que la admisión de una cuarta parte abrió la posibilidad real de una quinta, sexta, etcétera, partes del mundo, es decir de una serie infinita de partes constituidas de la ecumene (habilitado cósmico del hombre), o dicho de otro modo, que el mundo ya abarca, en principio, más de lo previsible y no hubo ni dificultad ni sorpresa en admitirla. Por eso, también, la llegada del hombre a la Luna sólo sorprendió como hazaña técnica; no como instancia que obligaba un radical cambio en la concepción de la ecumene.
- C. La tercera proposición concede un nombre propio a aquella cuarta parte del mundo y la asemeja y a la vez individualiza, respecto a las otras antiguas tres partes. Fue, pues, así como apareció y se hizo visible América, y no por un supuesto y casual descubrimiento que habría realizado Colón el 12 de octubre de 1492 por el solo hecho de comprobar empíricamente la existencia, en ese lugar, de una pequeña isla, a la que le concedí el sentido de ser una isla alejada al litoral atlántico de Asia.
- Ch. Por último, la cuarta proposición de la hipótesis formulada en la *Cosmographie Introductio* subraya una decisiva diferencia entre la antigua y nueva concepciones del mundo al reconocer que el conjunto de las recién halladas tierras constituía una de las partes de la ecumene, pese al hecho, ya expuesto, de ser isla, es decir, no obstante su separación oceánica de las otras tres partes. En otras palabras, que en esa nueva concepción el océano dejó de desempeñar su antiquísimo papel

Segue en la página cuatro

Excelsior, 25 de septiembre de 1988

## De lo que provoca el quinto centenario

# ¿Razones o impropiedades?

Miguel León-Portilla

**P**ARA EL SEÑOR DOCTOR Edmundo O'Gorman disentir de sus ideas equivale a atacar a su persona. Así, en el primero de sus dos recientes artículos (publicados en *El Búho*, 18 y 25 de septiembre), en respuesta a los que escribí yo dos semanas antes, nos dice, refiriéndose a los bien conocidos historiadores Lewis Hanke, Marcel Bataillon, Georges Baudot, Lino Gómez Canedo y a la arqueóloga Laurette Sejourne que, en tales casos, "no fue el arremetedor sino el arremetido". Al alcance de quien lo desee está comprobar que el gran pecado que, a los ojos del señor doctor O'Gorman, cometieron dichos investigadores fue precisamente disentir de sus ideas.

Ello bastó para que se desencañenara en todos esos casos no una polémica entre colegas que se respetan, sino la furia del señor doctor Edmundo O'Gorman. Por ello, con buen acuerdo, los dichos estudiosos muy poco o ningún caso le hicieron.

Lo mismo ocurrió con quien esto escribe. Disentí de sus ideas y, en ocasión del ya cercano y tantas veces debatido Quinto Centenario, adopté una perspectiva muy distinta de la que asume él en su "invencción de América". Dándose por ofendido, se aprestó entonces a la lucha para "aplastar", según su expresión favorita, a quien tuvo por adversario. La primera acometida apareció hace más de tres años en el periódico *La Jornada* del domingo 19 de mayo de 1985. Intituló su artículo: "Polémica con Miguel León-Portilla: Ni Descubrimiento ni Encuentro".

Conociendo los afanes protagonísticos del señor doctor O'Gorman, tan ansioso siempre de aparecer en

van ya mas de tres años. Abarcan otros varios artículos; la publicación del panfleto que hizo imprimir y distribuyó; una sesión en la Academia de la Historia en la que nos dice (*El Búho*, 18 de septiembre, 1988, p. 4) que "pese a estar citado (León-Portilla) para contestar a mis objeciones, optó por no presentarse". Así, como suena y él lo expresa, adoptó el señor doctor O'Gorman papel de inquisidor o juez para citar al "hereje" o al reo.

No fatigaré al lector, recordando otros "episodios" de la campaña o'gormaniana, como sus conferencias en España dedicadas a atacarme o sus múltiples presentaciones en otro escenario, el de la televisión, según ocurrió hace poco, siempre con el mismo fin. A la luz de todo esto, me pregunto, ¿por qué, si cree él haberme ya "aplastado", continúa obsesionado denunciando al hereje?

Ahora bien, no para contestarle sino para poner al descubierto la carencia de fundamento de su "in-

Excelsior, 9 de octubre de 1988

reses concretos, como era el de conseguir dinerito para hacer un centro turístico en La Isabela, en el norte de la República Dominicana, en honor de que se trataba, ni más ni menos, que de “la primera ciudad del Nuevo Mundo”.

Esgrimir la dignidad de las culturas originales de América también molestó. Hubo quien consideró una ofensa para la antigüedad clásica equiparar estos monos horribles de aztecas, incas y demás, con la belleza de aquellas esculturas de mármol.

De gran ingenuidad, y yo diría también que de buena fe, aunque no por ello menos sonoros, fueron los reclamos de los más indigenistas que exigieron que se omitiera lo de *encuentro* y se aludiera al genocidio, a la destrucción y al asesinato... Para ellos, más que de *encuentro* debía hablarse de “encontronazo”.

Hubo otras reclamaciones más tímidas que, por ello, no las menciono, como aquella que, en vez de *encuentro* o *descubrimiento*, debería hablarse de *encubrimiento*, pero sí es obligatorio aludir a los duros ataques de don Edmundo O’Gorman.

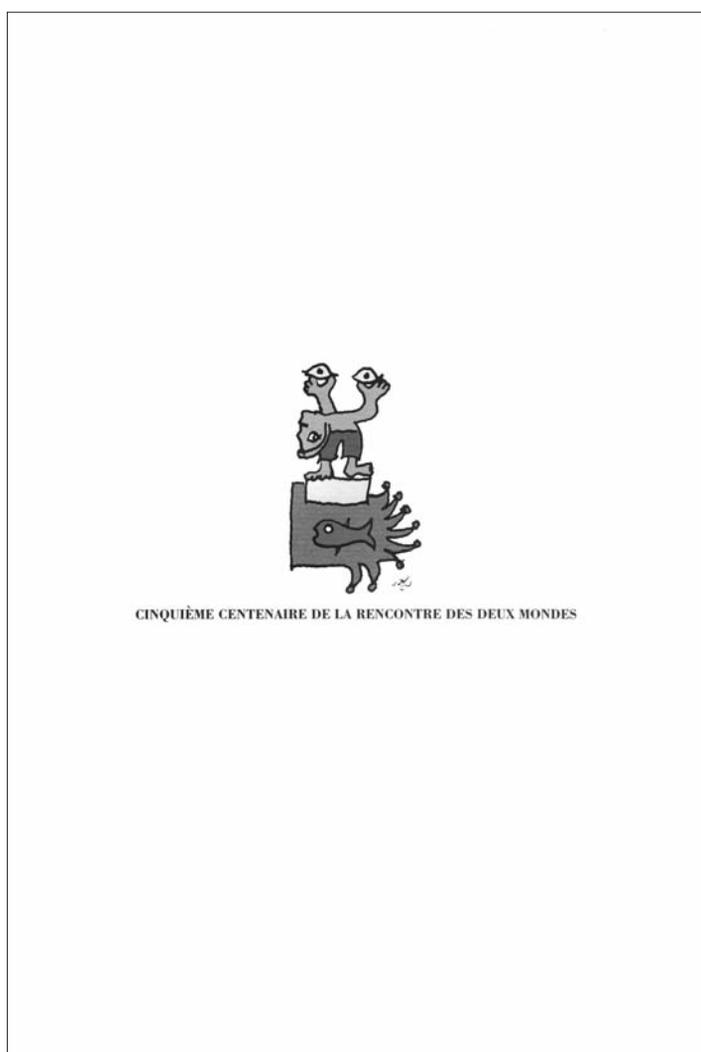
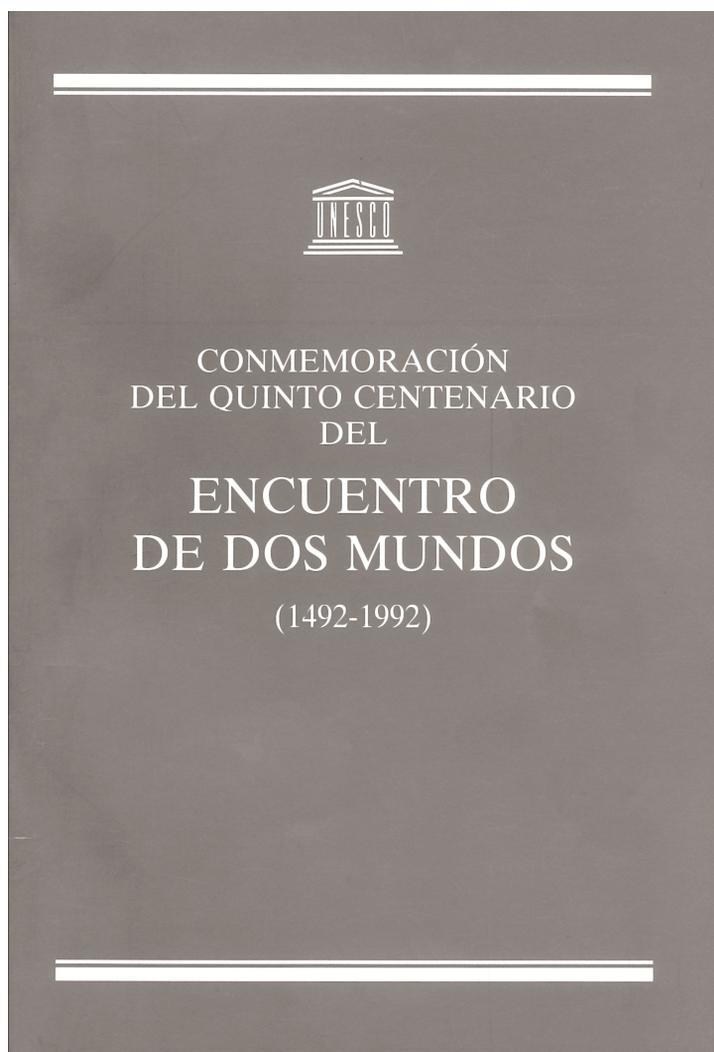
No sé si hicimos bien o no, pero me reconozco parcialmente responsable de que León-Portilla no haya contestado de inmediato. Otro culpable fue Roberto Moreno de los Arcos. Coincidíamos en que no convenía

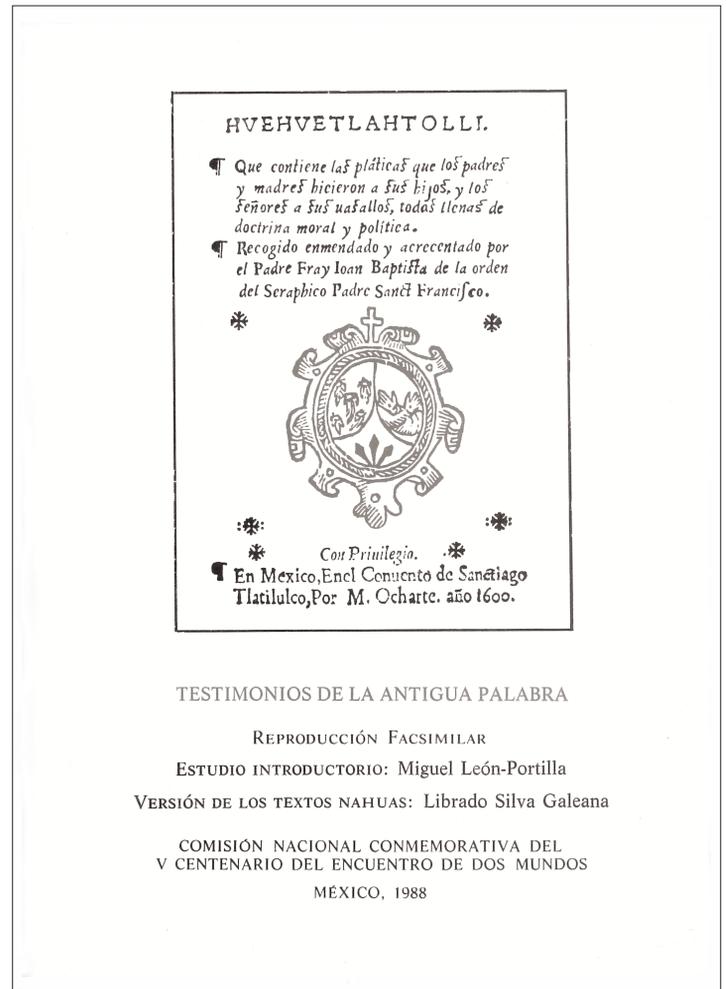
que se hiciera del tema un verdadero zafarrancho y, basándonos en la responsabilidad oficial que teníamos, convencimos a nuestro jefe de que no contestara directamente y no subiera a la palestra a quien, en el fondo, quería dar salida a su rencor. Con argumentos muy inteligentes, sí, pero del todo contrario a lo que él mismo había desarrollado en aquel famoso libro sobre la *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*.

Pero lo cierto es que el silencio de Miguel no hizo menguar las increpaciones hasta que, con cargo a que Gastón García Cantú emitió también su opinión —bastante rancia, por cierto— Miguel, comedidamente, le contestó a éste y aprovechó para contestar a todos. El que quiso entendió y el que no, no.

Debo hacer una apostilla para que se calibre la importancia de lo que se hizo. Miguel ya no participó directamente en la lid para evitar que Estados Unidos entrara con pleno derecho a la Conferencia de Comisiones Nacionales, pero la sostuve con energía según sus planteamientos.

No pocas delegaciones estaban bien dispuestas a aceptar el ingreso de Estados Unidos —por su voluntad o por las presiones que se ejercieron— con el argumento de los muchos millones de hispanohablantes habidos en ese país. Nuestra postura se basaba en que no era cues-





tión de números sino de vocación: mientras en nuestros países pretendíamos reflexionar y entendernos mejor con base en la conmemoración y cada año dábamos cuenta de publicaciones, diálogos, reuniones, restauraciones, etcétera, la Comisión de Estados Unidos, presidida por un importante mercader de llantas de Miami, presumía de cosas tales como haber organizado un gran concurso de arreglos florales y, sobre todo, mandado hacer una paella para diez mil personas.

Había, por supuesto, otros intereses: el darle vida a una organización en la que estuviéramos sólo nosotros. No de balde el propio ministro español se hizo cargo personalmente de la grilla y, mano a mano, a veces hasta en reuniones secretas, él y yo, logramos el cometido. De otra manera, no hubiera podido derivar aquella Conferencia de Comisiones Nacionales en las reuniones de Jefes de Estado y de Gobierno de Iberoamérica que han tenido lugar desde 1991, mismas que, a pesar de mandarse callar a veces unos a otros, ha mantenido una sanísima comunicación directa entre nuestros gobiernos.

No es poco, ¿cierto?, lo que resultó a la larga de aquel argumento a favor del *encuentro de dos mundos*, tan sabia y atinadamente sustentado por Miguel León-Portilla y muy bien aprovechado por un español que ya falleció, el “ministro de exteriores” Francisco Fernández Ordóñez, representante de una política española que se halla

en las antípodas del españolismo y del franquismo con cuyas secuelas, que aún subsisten, por cierto, nos enfrentamos en 1984.

Repito, para concluir, lo que al respecto dije en 1997 de Miguel León-Portilla, porque no puedo —ni quiero— agregarle ni quitarle nada:

Deseo subrayar [su] gran calidad de maestro y amigo, que convirtió en una inolvidable experiencia enriquecedora y placentera a más no poder el haber participado codo con codo en tantos trayectos y avatares con un cabal avenimiento entre ambos y el mayor respeto y consideración de su parte. Estoy seguro de que, sin dicho aprendizaje, en las ocasiones que me tocó a mí encabezar después a la delegación mexicana, los resultados no hubieran sido tan favorables.

Pero también quiero subrayar ahora que, de no haberse cambiado el ideario inicial del Quinto Centenario, éste hubiera acabado con el repudio de la mayor parte de los gobiernos. Es decir que, en realidad, el gran valor de aquella gesta encabezada por Miguel es precisamente el rescate de la tan traída y llevada conmemoración. **U**

En homenaje a Miguel León-Portilla, a ocho décadas y media de su natalicio.